

Songs for Fernanda

Aldo Chaparro (Lima, 1965)

4 de marzo – 4 de abril

Siempre pensé que el color era un conocimiento innato que se iba sofisticando con el tiempo y la práctica: definitivamente ese no fue mi caso. Durante años, intenté pintar: pasé de lo figurativo a lo abstracto muchas veces; manché, hice collage, usé textos, hoja de oro, óleo, acrílico, pigmentos naturales, dejé mis bastidores al sol, a la lluvia; estudié a Tiziano, Rivera, Velázquez, Picasso, Mondrian, a los futuristas, modernistas, cinetistas etc. Pero mis pinturas tenían un error en su propio eje: siempre intentaban hablar sobre el volumen —si no era un volumen representado en la superficie del cuadro, era acerca del volumen mismo del cuadro. Era evidente que mi relación con el volumen, el eje de mi actividad como escultor, era un obstáculo para relacionarme con el color libremente.

No fue hasta que regresé de un viaje a Marruecos donde, en un pueblito de los Atlas, descubrí los *boucherites*, unos textiles que podrían interpretarse como mal hechos, tanto que en la ciudad nadie los vendía y se ofendían si se preguntaba por ellos. No están mal hechos: son el resultado de un trabajo más suelto, que evidentemente parte de la improvisación, y esa evidente soltura que rompía con todas las reglas de composición y uso del color fue la que me marcó para siempre. Cuando regrese a México cargado de *boucherites* me dediqué a tratar de entenderlos sin mucho éxito, pero fue ahí donde apareció en mí el deseo de solucionar ese asunto pintando yo mismo. Podríamos decir que los *boucherites* detonaron en mí una conexión conmigo mismo menos cerebral y más instintiva: ahora, cuando empiezo un cuadro no tengo idea a donde iré y cómo llegaré. Contrario al resto de mi trabajo, que es bastante más cerebral y técnico, pintar para mí a esta edad es una forma de conectar conmigo mismo, conectar con ese canal o fuerza que no controlamos, esa fuente constante de emociones, imágenes y sentimientos que no se pueden traducir o dominar, y a la que solo podemos aspirar a que, en algún momento cuando estamos distraídos, se apoderen de nosotros y nos utilicen como un instrumento para materializarse como color y forma. Tal vez la mejor forma que tengo para explicarlas es la música: cada una de mis pinturas es una canción que se debe ver/escuchar esperando que su ritmo reverbere empáticamente en nosotros.

Aldo Chaparro

Songs for Fernanda

Aldo Chaparro (Lima, 1965)

4 de marzo – 4 de abril

El viaje como punto de inflexión es un topos recurrente tanto en la literatura como en las artes: establece un antes y un después, asume un aura místico donde lo que viaja no es únicamente el cuerpo, sino el espíritu. Ya los románticos en el siglo XVIII habían puesto su mirada en el Oriente, concebido como una región exótica, donde la trascendencia se hacía manifiesta en los pequeños detalles —los olores especiados, las lenguas ininteligibles, las atmósferas saturadas. Sin embargo, y muy a pesar de la inminente homogeneización cultural que vaticinan tanto los promotores como los detractores de la *aldea global*, esta fascinación por la otredad no se ha perdido aún. La obra pictórica de Aldo Chaparro es un testimonio de cuánto puede el viaje, aún hoy en día, ser una oportunidad de esclarecimiento.

La trayectoria artística de Chaparro se ha visto marcada por una experimentación constante de diversos materiales en función de la tridimensionalidad y ha buscado generar, más que objetos, situaciones donde los volúmenes dialogan con los espacios. Cómo plantear esta curiosidad por la materia en términos exclusivamente bidimensionales y cómo relacionarse con el color sin la intermediación del volumen constituye un reto diferente. Fue en un encuentro fortuito con los *boucherites* marroquíes que Chaparro encontró la que sería la primera pista de su comunión con la pintura: estos tejidos casi huérfanos, que parecen ser el resultado de una azarosa confección de fibras de distintas texturas y colores, contrastan con tradición textil Occidental donde prevalecen los patrones predefinidos. El resultado es una serie de lienzos donde los colores, las formas y las siluetas se relacionan de manera orgánica entre sí a partir de la intuición del artista, quien no sigue un plan rígido de acción, sino que se adapta a las situaciones plásticas que él mismo va creando.

Más allá de ser un elemento anecdótico que subyace a la reciente inmersión de Chaparro en la pintura abstracta, el viaje es también lo que hace de *Songs for Fernanda* un símbolo de lo que conlleva la búsqueda artística. La fluidez y espontaneidad que a veces transmite la abstracción demanda del artista completo abandono en el proceso creativo, que más que aprender algo nuevo, implica desaprender lo ya asimilado. La idea, también romántica, de la inspiración —que se aparece en los momentos menos esperados— se entreteje aquí con la incesante experimentación formal de Chaparro y su devoción a los materiales. No basta con toparse con una respuesta a la vuelta de la esquina: primero, es necesario saber cuáles son las preguntas que se quiere responder.

Nicole Cartier